

Y EL VIAJE CONT(IN)ÚA

Cobre COVARRUBIAS DOMENECH

Nos presentó una biblioteca, uno de los lugares más hermosos donde encontrar nuevos destinos. Y el mito se hizo hombre para hacerse aún más legendario. Una beca de investigación me concedió el honor de convertirme en tu discípula. Fue un privilegio formar parte del extraordinario equipo de trabajo que tú dirigías brillantemente, dándonos libertad, transmitiéndonos tu entusiasmo.

En aquel despacho en el que tanta literatura se respiraba, vivimos días blancos, naranjas, rosas, azules y marrones sin conflicto conjugados; los hilos expandidos del metal rubio fundido enlazaban miradas ante los espejos ahumados de un lienzo nunca olvidado, al tiempo que se aliaban con una voz desafiante que rodaba trazando rumbos diferentes por una pista de amplios sentidos.

El guiño cómplice de todos tus poetas, luces que no se extinguen, contribuía a mitigar el llanto amargo de todas las cosas. La serena y honesta sonrisa de Mad Hatter siempre reconfortaba. Aparecieron nuevos amantes entre mis libros, decoraste mis estanterías con imágenes firmadas a mano, diseñadas con marcado estilo propio, que llegaban desde retiros idílicos, paraísos recreados, islas de atardeceres malvas. Y malva era el tono favorito de mis notas en tu mesa.

La *femme fatale* y la *donna angelicata* unidas en mi memoria sentimental recobraron vida. Las villanas o virtuosas, máscaras y disfraces que me habitaban, fantasmas amados, algunos heredados, otros prestados o adquiridos, se desempolvieron para ventilarse.

Intérprete de bellísimas escrituras de vidrio, llenaste de nueva poesía todo lo que de mí aún no había vivido. Dagas de bronce líquido me atravesaban sin herirme. Con tu apoyo no me perdí en Creta (y hago míos a todos estos seres tan queridos).

En tu espacio, me inspiraron distintas lenguas amigas que reinventaban cada uno de mis registros, lenguajes que me traducían sin esfuerzo.

Pausas vitales crueles, comas asesinas, jamás interfirieron en nuestras vías comunicativas.

Entre tantos momentos reseñables, tengo muy presente el que he citado continuamente a mis alumnos como el generoso toque Túa: cuando me equivocaba, tú decías que te habías equivocado muchísimo más; por el contrario, si mi pulso era más o menos firme, nadie podía mejorarlo.

Hoy y siempre, acompañada de Ochún, querido maestro, mi admiración, respeto, cariño, mi fortísimo abrazo y veintinueve besos, ni uno más. Haber sido tu becaria y discípula supone un enorme orgullo, y dentro de mi biografía esgrimo esos años, gozosos y plenos de aprendizaje, como de los más felices de mi vida. Gracias por tanto, queridísimo Túa, y enhorabuena por tu exquisito magisterio, por tu magnífica labor docente e investigadora.

Durante una de nuestras conversaciones me preguntaste si yo escribía, y, antes de que yo contestara, apuntaste, casi con gran acierto: “Ah, ya, tú solo escribes cartas”. Permíteme que recuerde, maestro de maestros, una de esas cartas en las que la magia de los números se hace letra: se deslizan sobre el papel el seis, el nueve y un cinco; el cero es el constante inicio de un despegue que no cesa.

Silencio

No hables, corazón: un gesto solo

Alfredo Saldaña

No me gusta escribir cartas,
detesto dejar huellas,
me cautivan los crímenes perfectos,
me fascina todo lo que no se sabe,
adoro las batallas que acaban
en lechos de plumas.

Te sería fácil convertir mi nombre en oro,
pues tienes espíritu de alquimista.
Si te aburre la película,
tú, que eres el experto,
desvela la química oculta en mi metal,
atrévete a borrar secuencias,
escribe un guion mejor,
pero recuerda que tus dedos jugaron con los míos
sobre un teclado.

Léeme a través de un cristal,
no temas verme como a tu doble.
Desde aquí, cómplice de una orisha dividida,
invento embrujos blancos y dorados
mientras pulso escondida las cuerdas que desatan lluvias de sal:
tormenta en la pantalla, cenizas aladas de cera quemada.
Mírame como a una desconocida,
sedúceme con astucia, barro y malicia,
cúbreme de confidencias
y quizá entonces descubras:
el sentido de mi silencio,
mis ilimitadas limitaciones,
el eterno regreso tras las huidas,
la tiranía de mi independencia,
que enloquezco con las pasiones canallas.

Créeme si te digo que,
aun cumplida nuestra realidad,
todavía me queda el deseo.
Dragón y sirena, vuelo.
No lo olvides:
amo la poética del silencio.